

LA SOBREDIMENSIÓN DE LA INSEGURIDAD

JORDI SÁNCHEZ PICANYOL

Sociólogo y director de la Fundación Jaume Bofill

Hablar del modo en que la sociedad percibe la inseguridad resulta difícil, dado que, de alguna manera, tras la sociedad también se encuentran las visiones de los integrantes de los cuerpos de seguridad o de las instituciones mediáticas. Por consiguiente, es necesario alcanzar un cierto equilibrio complejo sabiendo que hablamos de todos nosotros y, por tanto, también de los cuerpos de seguridad, de las víctimas y de los profesionales de los medios de comunicación.

De entrada, y como primera reflexión, podemos afirmar que todo este debate resulta perjudicial para los miembros de la sociedad que no se encuentran directamente en primera línea de este tema (como son los periodistas, los policías o las víctimas).

La perjudica, por un lado, por una dejadez evidente de los espacios de poder de las instituciones públicas, que, conscientemente o no, muchas veces han dejado de hacer *pedagogía* para dedicarse a la *demagogia*. Y esto tiene una consecuencia negativa sobre el *ciudadano* que es espectador de semejante acontecimiento.

De igual manera padece ese perjuicio debido al aluvión de noticias de esta naturaleza que se tratan con formatos más propios del *entretenimiento* que de la *información*, subrayando la diferencia entre prensa escrita y medios audiovisuales. Estos últimos tienen una enorme responsabilidad sobre toda una determinada percepción que se está construyendo actualmente, sin olvidar la responsabilidad de los medios escritos.

Y, por último, la sociedad que no está en primera línea también es víctima de nuestros propios fantasmas, tópicos, rumores, etc., que a fin de cuentas nos aportan una visión muy poco matizada de las cosas, al margen de la veracidad o no de los hechos. No solamente en Cataluña, sino en general, existe la tendencia a sobredimensionar la inseguridad. Olvidamos que ésta es una realidad objetiva y también que la sensación percibida de inseguridad es muy superior a las experiencias victimizadoras vividas.

Esto sucede en muchos otros ámbitos; se puede trazar una analogía con la sensación de cómo creen los ciudadanos que va la sociedad. La mayor parte de las encuestas proyecta un pesimismo colectivo que nos acompaña. Por el contrario, cuando se nos pregunta cómo nos va en el terreno individual las respuestas suelen ser más positivas. Es una paradoja que nos acompaña en muchas facetas de la vida, y también en ésta que nos ocupa.

Todo esto quiere decir que hemos construido una realidad percibida a partir de la cual juzgamos, valoramos, etc. A pesar de ello, cuando salimos a la calle no la vivimos ni la percibimos en el día a día. ¿Cuántas personas han sido víctimas de un acto de violencia en los últimos seis meses? Probablemente muy pocas, aunque la sensación de inseguridad está muy presente.

¿A qué es atribuible esto? Creo que existe un factor que se ha acentuado mucho en los últimos tiempos, y que también es tradicional en la vida política. El hecho es que hemos avanzado siguiendo unas reglas del juego que son mucho más progresistas y avanzadas de lo que estamos dispuestos a tolerar globalmente. Por el contrario, las instituciones públicas y muy directamente los representantes políticos, y también los medios de comunicación, sobre todo quienes opinan, han y hemos renunciado a hacer pedagogía. Es decir, que nos cuesta explicar que existen determinadas reglas del juego que evitan que un determinado individuo pueda entrar en la cárcel por un hecho que se puede interpretar como delito.

Tenemos el caso, ya comentado en páginas anteriores, del agresor de la chica ecuatoriana en los Ferrocarriles de la Generalitat. Las intervenciones que llegaron desde las más altas esferas gubernamentales, que opinaban o pedían que el agresor fuese a la cárcel, no se equiparaban a las posibilidades legales de que acabase en ella.

De todo aquel asunto, ¿qué quedó en la opinión pública? La sensación de que la justicia no hace el trabajo que debería hacer, generando inseguridad y una determinada manera de ver las cosas. Se ha hablado de medios, pero también es importante centrar la atención en las instituciones públicas, donde falta, como en otros ámbitos, valentía, pedagogía y coraje para explicar a la gente de la calle la realidad de las cosas.

Unido a esto tenemos una desconfianza crónica respecto a la justicia. No se cree en la justicia, no se cree que cumpla bien su misión. La policía está bien valorada como colectivo, aunque existen dudas respecto a su eficacia, pero si analizamos las encuestas veremos que la justicia no encabeza las listas. Por tanto, todo esto acaba mezclándose y generando los puntos de vista que estamos comentando.

También es necesario decir que existe otra responsabilidad política más grave. Históricamente, no solamente en Cataluña sino en todas partes, la seguridad ha sido moneda de cambio en el debate y la discusión política. Además, se ha jugado muy irresponsablemente con estos temas. Por citar un ejemplo destacado, en la segunda mitad de la década de los noventa hubo un ministro que, para poder justificar algunas medidas legislativas, atribuyó a la inmigración una capacidad delictiva a partir de una serie de intervenciones más relacionadas con algunas acciones administrativas sobre documentación que sobre un delito vio-

lento o similar.¹² Esa postura fue útil y funcionó para un momento determinado y un objetivo político concreto, pero a la larga contribuyó a consolidar el tópico: inmigración equivale a delito.

La seguridad es moneda de cambio en el debate político; por tanto, es necesario plantear cómo reconducir esta situación. Es evidente que es más frecuente dentro de un espacio político que en otros ámbitos. En este caso la seguridad se asocia más con la esfera de valores conservadores, pero al mismo tiempo se puede recriminar a izquierda que hasta ahora no haya sabido construir un modelo propio y adecuado de seguridad.

Y por último está el tema del papel que juegan los medios de comunicación. Creo que los medios escritos, por su propia influencia de mercado, tienen mayor poder como moneda de cambio en el juego político que sobre la ciudadanía. Esto se debe a la incidencia de los dossiers de prensa que llegan a los despachos y a las oficinas de nuestros representantes.

No quiero acabar sin recordar los espacios televisivos, los magazines, que en horarios de tarde bombardean a determinados segmentos de la población y que convierten un hecho delictivo en la portada, el reportaje y la introducción del día. Esto contribuye claramente a generar inseguridad.

Claramente, aquí cabe la pregunta: ¿qué papel juegan los medios de comunicación? ¿Cómo se combinan entretenimiento, noticia, espectáculo? La respuesta no es sencilla ni cómoda, y sin duda para formularla correctamente deberíamos reflexionar también desde la perspectiva deontológica de los profesionales del periodismo.

Para concluir, quiero hacer un par de observaciones que pueden parecer marginales pero que desde mi punto de vista no lo son:

a) la sociedad construye la *rumorología*: los rumores funcionan y los hacemos circular;

b) la manera de evitar estos rumores y estereotipos es que las instituciones que tienen proyección pública intenten asumir una acción de cierta pedagogía y rigurosidad, y también procuren no generar falsas alarmas ni victimismos excesivos, aunque no se obtenga un resultado inmediato.

12. Jaime Mayor Oreja fue nombrado ministro del Interior en 1996 y ejerció el cargo hasta el 2001. En este periodo se discutió y aprobó la llamada Ley de extranjería (Ley orgánica 8/2004, del 22 de diciembre, de reforma de la Ley orgánica 4/2000, del 11 de enero, sobre derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social).